

ARMONIA Y EXPRESIVIDAD
LEYES ESENCIALES DE LA LENGUA HEBREA

La Filosofía de las lenguas.

AUNQUE la Filosofía del lenguaje, de helénico abolengo en sus primeras intuiciones o atisbos, es una ciencia que va tomando cuerpo, como tal, desde principios del pasado siglo, y son ya muchos los tratadistas de diversos países que de ella se han ocupado, la Filosofía de las lenguas en particular aún está en ciernes y quizá no exista todavía ningún tratado filosófico completo sobre ninguna lengua, ni siquiera dentro del campo indoeuropeo, el mejor estudiado en tantos aspectos y con creces sobre los demás grupos lingüísticos. Sin embargo, son innumerables los estudios realizados sobre determinados aspectos y cuestiones de los idiomas y dialectos, en general y en particular, sobre su gramática y las diferentes partes de la misma, sobre la Semántica o la Lexicología en sus líneas directrices como en sus detalles y pormenores.

En torno al árbol frondoso del lenguaje hasta se han ido constituyendo algunas ciencias subalternas, aunque fuertemente entroncadas en la Lingüística, cuales son la Fonética y la Semántica, ya «définitivement constituées», como escribía Dauzat hace varios decenios (1927), si bien tampoco podría afirmarse se hayan aplicado sus principios íntegramente a todas las lenguas cultas, y son muchas las que todavía no tienen su Fonética y su Semántica bien estudiadas y científicamente sistematizadas en tratados completos y definitivos.

La Filosofía de las lenguas está mucho más atrasada que esos

otros estudios lingüísticos parciales y, sin embargo, solamente ella puede darnos una visión profunda, luminosa, exacta y, por decirlo de una vez, humana, de un idioma, al presentarnos concatenadas sus leyes y sus fenómenos en unos cuantos principios fundamentales.

Entre tanta dispersión y complejidad de aspectos estudiados o por estudiar y de lucubraciones realizadas, de todo orden, acerca del lenguaje, en general, o sobre las lenguas o grupos de éstas, se impone absolutamente la necesidad de inquirir la unidad de factores que las informan, los elementos primordiales que las regulan y les prestan cohesión: su *principio vital*, en suma, la raíz o principio de su individuación, el secreto de su íntima estructura. Aun cuando sean infinitamente numerosos los agentes y determinantes que concurren en la formación y evolución de una lengua, en el tiempo y el espacio, los factores estáticos y dinámicos obedecen a leyes fijas y constantes, que se perpetúan con admirable persistencia a través de siglos y milenios. «*Tout se tient dans la structure du langage*», como dijo sabiamente A. Meillet, y sería desatinado empeño atribuir simplemente al azar lo que está determinado por razones, a veces misteriosas, pero con más frecuencia claramente perceptibles al investigador u observador.

Esencialmente una lengua está constituida por sonidos y sentidos (*les sons et les sens*), fonemas y significaciones, que son la materia y la forma de todo idioma. Es decir que en esto, como en todos los fenómenos de la existencia y la vida humana, hay que distinguir un factor físico, material, que son los elementos del lenguaje y un factor vital, espiritual ideológico, constituido por los elementos significativos, sin los cuales el lenguaje no pasaría de ser simples gorjeos de aves o gritos de otros animales.

¿Cuáles son, pues, los principios reguladores que integran el genio de una lengua? No pretendemos, naturalmente, que éstos sean del todo distintos en cada idioma: necesariamente habrá coincidencias en tal o cual aspecto, como las hay en los rasgos psicológicos de los pueblos, por diferentes que éstos sean entre sí. El alma humana es esencialmente la misma en todos ellos, y esencialmente similar es también el lenguaje humano de todos los tiempos y lugares. Sin embargo, es evidente que las características materiales y formales de las lenguas, comparadas unas con otras aun las del mismo grupo de familia, son notoriamente dispares,

hasta el punto de formar cada agrupación un cuadro de acusada policromía.

Ante todo, importa aclarar, o más bien rectificar, una creencia demasiado generalizada prácticamente: la Fonética, Morfología, Síntaxis, Estilística, Semántica y aun la Lexicología no constituyen compartimentos estancos en una lengua científicamente considerada, como a través de una exposición didáctica o filosófica pudiera parecer, sino que, al igual del alma en el cuerpo, todo lo que en las lenguas implica «espíritu de vida», significación ideológica, está *todo* en todas esas partes, como el alma está substancialmente toda en cualquier parte del cuerpo.

Considerando, pues, todos esos factores determinantes del carácter de un idioma, los principios que le informan y matizan, observaremos que, aparte la complejión familiar, a la que jamás podrá sustraerse, hay dos o tres fermentos que parecen ser la fuerza motriz de todos los fenómenos y tendencias que en él se acusan, el polo magnético hacia donde éstos se orientan, el ropaje de que se reviste toda su elocución, cualquiera que sea el estilo empleado y la categoría de los hablantes.

A guisa de ejemplo y considerando la estructura y la significación, como bases fundamentales, diríamos que el latín se distingue por su majestuosidad e imperio, el griego, por su belleza, perspicuidad y lucidez; y en las neolatinas se reconoce unánimemente al español robusta sonoridad y meridiana claridad, en tanto que el italiano se destaca por su musicalidad y énfasis, y el francés por la finura de elocución y la agudeza ideológica; el inglés se caracteriza por la concisión y sobriedad, y el alemán por la dureza y avasallamiento.

A ese tenor, fijándonos en los dos aspectos básicos anteriormente indicados, materia y forma, en sus varios aspectos, que no se circunscriben cada una a determinada parte de la Gramática, sino que ambas extienden su radio de acción a todos los ámbitos de la elocución siendo inseparables en sí, aun cuando la didáctica, por comodidad, necesidad o quizá error de enfoque, las separe y fraccione en diversos apartados, como queda dicho, podemos distinguir en el organismo lingüístico las peculiares características de cualquier idioma, reflejo de la psicología de sus hablantes al par que irradiación sobre la misma y troquel mental de las sucesivas generaciones.

Las dos leyes esenciales de la lengua hebrea.

Después de las consideraciones precedentes, podríamos ya preguntar, entrando en materia, ¿cuáles son las notas o caracteres esenciales de mayor alcance que, paralelamente a lo apuntado en esas otras varias lenguas, informan el genio de la lengua hebrea? A nuestro juicio —lo diremos en dos palabras— no son otras sino la *armonía*, por lo que se refiere a los elementos materiales que constituyen su estructura, con sus diversas matizaciones, y la *expresividad* en cuanto atañe a los aspectos semánticos, la luz espiritual que fulgura en los fonemas mismos, pero sobre todo, en las palabras, locuciones, frases y estilo. Armonía y expresividad son, por lo tanto, las dos leyes esenciales, o tendencias sobresalientes, si se prefiere este concepto, de la lengua hebrea, que marcan la impronta de su genio y la distinguen notoriamente de las demás, aparte de las notas «familiares» que la asemejan a las de su grupo y otras de más lejano origen, hoy todavía no plenamente dilucidado, que se refieren a su remoto parentesco con grupos más distanciados. No hace falta aclarar que nos referimos a su inmediato parentesco semítico, a la anterior comunidad camito-semítica y al posible tronque primordial, hoy no afirmable aunque tampoco negable, con las lenguas indoeuropeas.

A fin de dar mayor cohesión y convergencia a nuestra exposición, en vista de los angostos límites de una breve ponencia en que hemos de exponer y razonar nuestra tesis, examinaremos conjuntamente ambas características de armonía y expresividad a través de los distintos elementos y categorías gramaticales y lexicológicas.

* * *

Entendemos por *armonía* verbal la acordada proporción y disposición entre los varios elementos componentes de la palabra, la frase y el período, su enlace con fluidez y eufonía, unidad y variedad, eliminando los sonidos, grupos fónicos y engarces que ofrezcan ruda resonancia y dificultosa combinación. Es el equilibrio estático y dinámico de fuerzas que actúan en la palabra y conjuntos elocutivos, el ritmo suave al par que enérgico de los sonidos articulados perfectamente hermanado con el ritmo interior del alma, a fin de facilitar y abrillantar la exteriorización de los estados psíquicos propios de cada hablante.

La *expresivada* elocutiva, la fuerza ideológica y sentimental de

un idioma, se define como viveza y multiplicidad de recursos fonéticos y verbales en los medios de exposición de las ideas, sentimientos y complejos psíquicos de toda especie de que dispone una lengua, o, en su caso, cualquier sujeto hablante, la riqueza de colorido, sugerencias, sensaciones e impresiones, evocaciones y demás factores del mundo espiritual que encierra el lenguaje, plasmados en el molde de un idioma como vehículo de intercomunicación, al par que espejo y motor de la psicología de un pueblo. No hace falta recordar que lo más *propio* y consubstancial de un pueblo, como factor de aglutinación y voz de la sangre, de la cultura, historia y solidaridad humana es el idioma. La religión podrá ser en ocasiones —y sin duda alguna lo fue en Israel— una fuerza más poderosa, íntima, vibrante; pero al extender sus irradiaciones sobre los individuos y la masa social en alas del lenguaje, queda también en cierto modo prendida en las mallas del idioma peculiar de esos individuos y esa comunidad de hablantes.

Véase el siguiente juicio general, bastante completo y exacto sobre la lengua hebrea bíblica, formulado por un gramático:

«Israël avait hérité de l'idiome de ses ancêtres sémites, du cananéen spécialement et plus directement; mais avant que ne fût écrit aucun de nos livres hébraïques, la langue parlée avait amenuisé les mots et spontanément adapté la morphologie et la syntaxe à sa mentalité propre. Cette évolution de la langue parlée et, par suite, de la langue littéraire, ne put pas ne pas continuer au cours des milliers d'années ou environ que notre hébreu fut idiome vivant.»

Y añade, estampando un juicio de valoración jerárquica:

«Cette langue, la plus importante à bien des égards de tout le groupe sémitique, est conservée surtout dans la Bible»¹.

Un estudio sobre la armonía y la expresividad de la lengua hebrea implica en realidad y nada menos que el análisis completo del genio y estructura de la misma, un examen de toda su gramática, de modo especial, ya que no único, la Fonética para la armonía, y la Sintaxis y Estilística para la expresividad; es un estudio

1. Charles F. Jean. *Grammaire hébraïque élémentaire*, Paris, 1945 «Avant-propos», p. 8.

de la lengua, de su naturaleza y estructura, vistas a través de esas dos cualidades, que matizan y explican muchas otras. Es el proceso que vamos a intentar, brevemente, en nuestra exposición. Pero antes recordaremos las juiciosas palabras de P. Joüon en el *Avant-propos* de su excelente *Grammaire de l'hébreu biblique*:

«Une langue sémitique comme l'hébreu donne l'impression d'un monde nouveau. Le système phonétique a des valeurs inconnues dans nos langues; la morphologie et la syntaxe ont des procédés tout différents des nôtres. Pour pénétrer l'organisme et le génie de l'hébreu, il faut se défaire de ses habitudes phonétiques et grammaticales, comme aussi de certaines idées suggérées par nos langues.»

La Fonética hebrea.

La armonía fonética en un idioma requiere multiplicidad de sonidos, para evitar la enojosa monotonía, indicio, además, de penuria. Pues bien, la lengua que estudiamos, pese a la aparente brevedad de su alfabeto —22 letras o signos gráficos, número tenazmente conservado, cual si encerrara algún misterio, o en gracia a una mayor compenetración fonológica—, es, en realidad, rica en fonemas, pues, como tuvimos ocasión de poner de manifiesto en otro estudio ², frisa en los 70, «cuantía —decíamos allí— que muy pocas lenguas alcanzarán».

Prescindiendo de los sonidos vocálicos que, pese a su especial conceptualización en las lenguas semíticas con vistas a la Morfología y a la Ortografía no dejan de ser auténticos fonemas, los 30 sonidos consonánticos que aparecen clasificados en el siguiente cuadro, tomado de la Gramática de M. Lambert, se matizan por su *formación orgánica* (guturales, labiales, etc.), su *timbre* (simples, enfáticas, vibrantes) y su *grado* (sordas y sonoras).

Notemos, pues, junto a la indicada riqueza numérica la variedad de sonidos, timbres y grados:

2. Puede verse nuestro estudio: «¿Es el hebreo bíblico una lengua pobre?» en *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, IX (1960), fasc.º 2.º, p. 3-16.

	SIMPLES		ENFATICAS		VIBRANTES		
	Sonoras	Sordas	Sonoras	Sordas	Semi voc	Nasales	Líquidas
Guturales	—	—	—	—	—	—	(7)
Labiales { ocl.	—	—	—	—	—	—	—
{ fric.							
Palatales { ocl.	—	—	—	—	—	—	—
{ fric.							
Dentales { ocl.	—	—	—	—	—	—	(7)
{ fric.							
Silbantes	—	—	—	—	—	—	(7)

Observaremos que el *dagués* fuerte, al duplicar los 18 fonemas consonánticos restantes —exceptuadas las letras guturales, indagueables por su naturaleza— enriquece con un nuevo matiz fonético esas 18 consonantes.

Las *vocales*, partiendo de las tres semíticas que vemos en el árabe, se amplifican hasta formar un cuadro de 15, en el que la diversidad fonética (órgano, timbre, grado, intensidad) es grande.

En resumen: la *variedad* de sonidos y matices, tanto consonánticos como vocálicos, corre parejas con el número de elementos básicos en que se manifiestan, y ofrece un magnífico estrato y recursos inesperados para la *eufonía*, que las leyes y fenómenos estudiados por la Fonética ponen de relieve.

Por otra parte, todos estos factores confieren a la elocución del idioma gran riqueza de *expresión* en su matización ideológica, y son la fuente de copiosísimas posibilidades de formas y cambiantes en las palabras de que se reviste la proyección verbal. Cuando son escasas las posibilidades de esta índole, la idea, al surgir del intelecto y buscar la matización conceptual o sentimental, no halla cauce adecuado y tiene forzosamente que atenuar su vigor y lozanía, acabando por embotar la inteligencia de los hablantes de esa lengua o tiñendo de cierta pesadez y torpeza sus facultades mentales, nota que viene a ser congénita en ese pueblo. Claro está que en éste como en tantos otros fenómenos, siempre puede considerarse la causa y efecto como actuando en un círculo cerrado.

Comparando el precedente cuadro fonético con los correspondientes en griego y mucho más en latín, vemos que los sonidos *guturales*, de tan acusado valor espiritual (en su sentido etimológico

gico: *spiritus* = soplo, aliento) y sentimental, están copiosamente representados, cinco frente a uno o a lo sumo dos, contando el esfumado espíritu suave, carente de valor fónico en realidad, que hallamos en el griego, y ninguno prácticamente en el latín, puesto que la *h* perdió su aspiración en época temprana, aun cuando se haya conservado con increíble tenacidad en la escritura. En cuanto al timbre *enfático*, de relevante expresividad, es totalmente desconocido en la fonética de esos dos importantísimos idiomas y aun en los demás grupos indoeuropeos.

La inexistencia de diptongos propiamente dichos en la lengua hebrea, podría interpretarse como una prueba del valor entitativo que otorga a cada sonido y la preocupación porque no se pierda ni aminore ningún valor fónico, que es lo que en algún grado ocurre al fusionarse dos vocales en un diptongo y mucho más tres en un triptongo.

Hasta en el aspecto gráfico que presenta una página cualquiera escrita en hebreo se advierte esa regularidad y armonía simétrica que ponderamos, entre las palabras, de extensión poco variable, oscilante entre un mínimo de 3 elementos (consonante + vocal + consonante, o consonante con vocal larga), y un máximo de 12, rarísima vez sobrepasado. Y, sin embargo, a pesar de la normal brevedad de las dicciones hebreas, júntese generalmente en una misma varios elementos, tres y cuatro con gran frecuencia, y a veces en algunas hasta siete, cada uno con su función bien explícita. Estos semantemas y morfemas hállanse tan perfectamente ensamblados, que no se resiente lo más mínimo la eufonía ni tampoco la expresividad, antes bien se acrecientan. En este terreno quizá no haya lengua de mayor flexibilidad y capacidad aglutinante que la hebrea; ello implica, naturalmente, una fuerza expresiva extraordinaria, pues cada palabra así constituida ofrece una visión caleidoscópica de múltiples ideas armoniosamente enlazadas.

Entre las leyes que rigen la sílaba hebrea, la llamada *cronometría silábica*, que requiere en toda sílaba un mínimo de tres tiempos (o *moras*), que se cumple sin excepción en todo el Antiguo Testamento (sólo aparente es la excepción del dagués fuerte implícito en la gutural fuerte ם), revela un gran sentido del equilibrio silábico en la economía general de la palabra, de cualquier categoría gramatical que ésta sea. Hasta nos sentimos tentados a hacer extensivo a esta tríada fónica lo que Wright, refiriéndose al trillite-

ralismo de las raíces, llamó el gran misterio de las lenguas semíticas.

Pasemos a las *leyes fonéticas* de consonantes y vocales.

Las cuatro modificaciones que pueden afectar a las *consonantes* (sustitución, asimilación, supresión, metátesis) tiende a suavizar el choque o encuentro de fonemas, facilitando su pronunciación, eliminando asperezas, simplificando grupos y también reforzando sonidos tenues que podrían pasar casi inadvertidos pero que convenga destacar. Todas las leyes fonéticas de la lengua hebrea están basadas fundamentalmente en un fino sentido de la armonía, el equilibrio, la eufonía, la suavidad elocutiva. Recordemos igualmente la importancia capital que en la lengua sanscrita tienen las reglas del *sanhi* (o eufonía), en sus tres clases, etimológico, sintético y sintáctico, tanto de vocales como de consonantes.

Los tres principios que caracterizan a las *guturales*; indaguesabilidad, tendencia al šewá compuesto y atracción al sonido de *a*, que motivan respectivamente el alargamiento de la vocal precedente como compensación, la sustitución del šewá simple (equivalente a la ausencia de vocal) por un sonido vocálico tenuísimo, y el cambio por *a* de cualquier otra vocal que a tenor de las reglas generales de la tematología y la flexión pudieran corresponder, son claros ejemplos de la preocupación por la eufonía y el equilibrio verbal, así como también medio eficaces de salvar y reavivar la expresividad atenuada o en trance de desaparecer.

Las cuatro letras débiles (guturales א, ה y semivocales ו, י) del alfabeto hebreo se caracterizan por una extremada movilidad, y están, por lo mismo, sujetas a frecuentes cambios y elisiones, sobre todo cuando carecen del soporte de una vocal o cuando se atenúa su sonido por caer entre dos vocales (p. e. *qāwam* > *qām*) o bien resulta innecesaria su presencia si, en función de mero instrumento gramatical y llevando un sonido vocálico, lo cede al prefijo antepuesto (v. gr., ה artículo, precedido de partícula monolitera, infecto y participio de *Hifil*, *Hofal* y *Hitpael*, nombres teóforos con ה י inicial, etc.). Su escasa substantividad y el hecho de quedar ya atendida su función justifican en tales casos la plena desaparición; la expresividad lingüística queda sobradamente salvada.

En otras circunstancias, sin embargo, en vez de perderse alguna de esas letras débiles, se sustituye por otras de mayor resonancia (por yod en los verbos י א primitivamente י א), en pro de una mayor armonía y, sobre todo, de una mayor expresividad. Es muy

punctorum es la clave de toda la flexión nominal y verbal en su aspecto interno.

El acento tónico, alma de la palabra y principio regulador de su armonía, reviste en hebreo una consideración relevante. Bien lo indican las denominaciones que le impusieron los gramáticos judíos: *ta'am*, «gusto, sabor», *ne'ginah*, «modulación», *ne'imah*, «melodía agradable, gracia, encanto», *tag*, «corona». Naturalmente, aquí nos referimos tan sólo al acento como intensificación fónica de una vocal determinada —y, por lo tanto, su sílaba correspondiente— de la palabra, y no en modo alguno a la serie de acentos del texto bíblico masorético, cuyas múltiples funciones, por otra parte, tan variado interés ofrecen ³.

El acento equilibra el valor de las sílabas, puesto que a una sílaba abierta con vocal breve, caso de los nombres segolados del tipo *mèlek*, le añade un tercer tiempo, necesario para el mínimo de tres. Por razones de homogeneidad y proporción, la sílaba cerrada con vocal larga lleva acento, sobre todo si es final (salvo en ciertos sufijos personales y algunas aformativas), p. e., plurales masculinos y femeninos, sílaba final del infecto, imperativo y participio, etc. Como consecuencia, si esa sílaba final se convierte en átona, *ipso facto* su vocal se abrevia, como ocurre en general cuando un infecto de ese tipo lleva *waw* conversivo, que corre el acento a la sílaba penúltima: *yâqum*, *wa-yâqom*.

A pesar de que en hebreo solamente se dan palabras oxítonas y paroxítonas, el papel del acento, como regulador de la armonía y equilibrio de la palabra, es de gran alcance, aun mayor del que ejerce en griego. Sus leyes, sin embargo, nada tienen de arbitrarias, sino que son fijas y constantes, fáciles, por lo mismo, de comprender y retener. La fuerza de expresión y variedad de matices que arranca a la dicción es incalculable, por más que, desgraciadamente, éstos y tantos otros matices del lenguaje, a que tan sensibles eran los antiguos, pasen casi del todo inadvertidos al oído y estimación estética e ideológica del hombre moderno.

La Morfología hebrea.

La *Morfología*, como hemos dicho, está en parte principalísi-

3. Véase nuestro trabajo: «*Los acentos hebreo-bíblicos y el arte de la lectura*» en el t. IV (1955) p. 129-141 de esta MISCELANEA.

ma regida por leyes fonéticas, lo cual equivale a decir que la armonía y la expresividad de tipo fónico entran por mucho en la índole y significación de sus normas y fenómenos, si bien los hay además de otras clases y en ellos insistiremos de modo especial, toda vez que los otros o quedan expuestos o se deducen naturalmente.

El artículo, con sus tres elementos, a cual más sutiles, ם , vocal y *daguéš* en la primera letra del sustantivo, por asimilación de la 2.^a consonante primitiva, probablemente ם , que desapareció sin dejar rastro, es una categoría gramatical de notoria claridad, de que carece el latín. Dichos elementos, que total o parcialmente encontramos en otras palabras como letras radicales o bien en función de prefijos o sufijos, encierran un valor netamente demostrativo, y señalan la presencia o proximidad de algo, que es lo propio del artículo determinado.

Sabido es que ni en hebreo ni en las demás lenguas semíticas se dan nombres comunes compuestos, en ninguna de las múltiples formas en que proliferan en otras lenguas, como son el griego, el alemán o incluso el español, como tampoco verbos compuestos (es decir, simples con prefijo, tan copiosos en las lenguas indoeuropeas). A nuestro juicio, semejante particularidad puede obedecer también, más que a incapacidad intrínseca de la lengua (puesto que hay nombres propios compuestos), a su tendencia natural a no atenuar el valor propio de cada término, que en los compuestos se diluye, en cierto modo y grado, como la sal en el agua, para formar un nuevo vocablo.

Por otra parte, la relación existente entre el nombre en estado constructo y su complemento determinativo es tan estrecha, sin confundirse, que no hizo necesaria la aglutinación de substantivos para la composición nominal.

Aunque el hebreo no haya conservado la primitiva declinación nominal semítica, al contrario que el árabe, no obstante las diversas modificaciones que los nombres, tanto masculinos como femeninos, experimentan (salvo los invariables), mediante la *mutatio punctorum*, en el estado constructo y con los sufijos leves o graves, en singular y plural, presentan todos los caracteres de verdadera flexión. Además toman también o pierden algunas consonantes como es en el estado constructo singular de los nombres femeninos, o la pérdida del ם final, signo de indeterminación, en el plural constructo de los masculinos y en el dual.

Estas variaciones y juegos de vocales guardan evidente relación con las leyes de la armonía, y mucho más con la expresividad. Los nombres ofrecen de esta suerte un polifacetismo vistoso, que les arranca nuevas irisaciones semánticas de mayor intensidad, sin duda, que las simples variaciones mediante las desinencias casuales de la declinación griega, latina o germánica. Por tanto, es un error craso negar pura y simplemente exista en hebreo flexión nominal. La terminación especial femenina del estado constructo en singular y la del plural masculino o la del dual facilitan por una parte la ligazón con el complemento determinativo; el femenino pone más de relieve en este caso su estructura formal y el masculino pierde el m de indeterminación. En uno y otro caso, unos añadiendo y otros acortando, aumentan la expresividad semántica.

Notable es en hebreo, aun más que en otras lenguas semíticas, la estrecha relación entre el nombre y el verbo. Notemos las siguientes analogías. Uno y otro son en general *reductibles a la misma raíz*; rígense por *leyes fonéticas similares* (cronometría silábica; una sola vocal —salvo que sean inmutables— antes del acento; reaparición y alargamiento de vocales en la pausa; abreviación de la vocal larga acentuada al perder el acento; reaparición del v primitivo en las raíces v primitivamente v cuando esa primera radical no es inicial de dicción, etc.); *dualidad nominal-verbal* de forma, construcción y significación en ciertas categorías como los infinitivos y los participios, más marcada aún, por lo que a estos últimos se refiere, en los verbos cualitativos (participio = adjetivo); *dos tipos fundamentales* de nombres (de una o dos vocales) y análogamente dos grupos de tiempos (con dos vocales o con una); *prefijo* m tan frecuente en la formación de nombres, y distintivo de participio en cinco de las siete conjugaciones o formas verbales; *idéntica sufijación pronominal* (con la única excepción parcial del sufijo de la persona «yo»); *distinción de géneros* en todas las personas de los tiempos verbales, salvo en la 1.^a, donde por ser la del que habla y estar patente, es innecesaria, y la 3.^a plural del perfecto, común, pero que originariamente también variaba para el femenino, como ocurre en arameo y en árabe; *anomalías en las conjugaciones y en los tiempos de nombres*, con las consiguientes variaciones en la flexión o *mutatio punctorum*, como consecuencia de figurar letras guturales en el radical, alguna de las débiles h , h .

la asimilable ן, la quiescente ם o la defectiva ן, o la geminación de 2.^a y 3.^a radical (no hay geminación de 1.^a y 2.^a).

Todavía se pueden señalar otras estrechas relaciones y analogías entre la categoría léxico-gramatical de nombre y la de partículas, puesto que la mayoría de éstas, si exceptuamos las monolíticas, conservan rasgos de nombres (su primitiva categoría), ya sin razón de ser, como es el estado constructo (v. gr. *עלי אהרני*), pero a modo de ejecutoria de su prístina dignidad.

Todas estas coincidencias, de ningún modo fortuitas, patentizan la estrecha unidad existente en el idioma, y no pueden por menos de conferir a éste especial claridad semántica, al par que revelan un rigor filosófico más denso que el existente en otras lenguas y un aspecto más de la proporción simétrica, que es ley fundamental de la lengua hebrea.

La septiforme variedad de formas o conjugaciones verbales comprende una gran cantidad de matices semánticos. Por una parte, las tres posiciones del sujeto con respecto a la acción verbal: activo, pasivo, reflexivo; además, la manera de producirse la acción, ora *simpliciter*, ora con interacción, reciprocidad, intensidad, reiteración, frecuentación, declaración, sentido factitivo, denominativo, o bien imitativo de parodia. Todavía podrían señalarse otros valores semánticos posibles en el verbo, expresados mediante formas especiales o raras.

Cada una de las siete o más conjugaciones del verbo hebreo es un prisma nuevo que arranca a la raíz verbal especiales reverberos semánticos, potencialidad que falta en las lenguas indoeuropeas, a pesar de sus poderosos recursos expresivos.

Las formas especiales de futuro cohortativo y yusivo adquieren una fuerza especial de expresión mediante la sencilla adición de un ן al primero, y en forma apocopada, tendente a la universal concisión del imperativo, el segundo.

Una de las características que más poderosamente llaman la atención en la lengua hebrea es la facilidad de conseguir máximos efectos de expresividad con mínimos elementos fonéticos, a veces los mismos para diversas funciones, aunque generalmente análogas, sin peligro de confusión. El ן fonema el más tenue del alfabeto, si descartamos el ם fonéticamente nulo en realidad, sirve para una variedad grande de funciones fonéticas y morfológicas o simplemente gráficas, como son, p. e.: artículo, adverbio interrogativo, sufijo en las terceras personas de singular y plural,

masculino y femenino, signo de futuro paragógico, seudodesinencia femenina nominal y verbal, distintivo con algún otro fonema o especial punto vocálico de cuatro formas verbales, final de sustantivos masculinos en *-oh* y en *-eh*, soporte fonético de ciertas voces o partículas monoliteras, substitutivo de la 3.^a radical ' en las raíces ' ' 'b, etc., etc.

El *álef*, a pesar de su carencia de sonido, cumple también funciones tan importantes como la de preformativa de la persona «yo» en el *atid*, y es elemento importante en los pronombres de la persona singular y plural. En el terreno de la Lexicología es de notar asimismo que el *álef* inicial es la letra que cuenta más vocablos en el diccionario hebreo, señal evidente de su importancia. También entra en la partícula *ni* que frena con suavidad las demasías del imperativo. Casi diríamos es tanto el respeto que infunde, que, a pesar de no sonar, de no ser nada fonéticamente, queda quiescente en muchas palabras, pero nadie ha osado eliminarla, como ha ocurrido a *ni*, *ni*, *ni*; muchas veces: prueba quizá de que su presencia no es del todo ociosa. También hace acto de presencia el *ni* en varias partículas, dentro del corto número existente en hebreo.

El *yod* y el *waw* tienen asimismo múltiples y variadas funciones morfológicas, tan conocidas que no creemos necesario recordarlas.

En suma, diríase que así como Dios *infirmis mundi eligit* y la naturaleza —en definitiva, el mismo Dios actuando— consigue efectos maravillosos con elementos al parecer minúsculos o despreciables —pensemos no más que en el átomo en esta era atómica—, así también la lengua hebraea se sirve de los fonemas débiles —letras enfermas en la gramática árabe— para funciones importantes y variadas en la economía general del lenguaje.

La Sintaxis hebraica.

La *Sintaxis* hebraea, dentro de su proverbial simplicidad, cuenta con curiosos y a veces variados recursos expresivos. En realidad no es tan simple o elemental como se cree. Baste como demostración práctica que la acreditada *Grammaire de l'hébreu biblique*, de P. Joüon, dedica a esta parte de la gramática muchas más páginas que a la Morfología, de reconocida complejidad, mayor que en árabe: 240 en total, con unos 70 números de cuestiones, fracciona-

dos en más de 700 apartados, en los que se analizan y exponen diversos aspectos y particularidades. Examinaremos algunos de estos puntos, a fin de poner de relieve también en el campo de la Sintaxis las dos leyes esenciales de la lengua hebrea que estamos estudiando. No interesa a nuestro propósito establecer comparaciones con otras lenguas ni siquiera dentro del grupo semítico; solamente diremos que la imprecisión temporal en las formas verbales, así como la vaguedad en la expresión modal de las ideas del subjuntivo, optativo o potencial y el escaso relieve subordinativo en la construcción oracional, que suelen señalarse como defectos principales en la sintaxis hebrea, se suplen en la práctica con diversos e ingeniosos procedimientos muchas veces ignorados u olvidados por los traductores y pseudo-hebraístas. Hablando Jöüion de la cuestión de los tiempos y los modos, «la más importante y la más delicada de la sintaxis hebraica, tan descuidada por los antiguos gramáticos», añade esta juiciosa observación: «Ciertos autores, exegetas y traductores, principalmente antiguos, parecen haber tenido sobre esta materia no más que ideas vagas; al traducir se guían más bien por una especie de instinto que no por un conocimiento preciso del valor de las formas» (n.º 111) y, podríamos añadir, de los múltiples recursos expresivos que posee esta lengua.

La *supresión del artículo*, signo de la determinación del sustantivo, cuando éste ya va determinado de cualquier manera, es un procedimiento perfectamente lógico, que no suele darse en las lenguas que lo poseen, la cual aminora el valor de esta categoría gramatical, que muchas veces queda reducida a cero, sin que ello aumente, más bien disminuye con su presencia, la expresividad del sustantivo.

Particularidades tan típicamente hebraicas y tan elementales en su forma como son la aposición o la repetición de *nombre* prestan a la frase hebrea matices y modalidades múltiples; pluralidad, diversidad, especificación, contraposición, etc. Los plurales de composición (v. gr. materia especial), extensión, excelencia o majestad, intensidad, abstracción, encierran asimismo evidente complejidad ideológica.

Los diversos casos de determinación nominal que presenta el hebreo, como son: el sustantivo por sí mismo (tal, p. e., el nombre propio), el sufijo, el complemento adnominal, el artículo, el numeral, algunos indefinidos, demuestran otra faceta de la múltiple expresividad hebrea.

La claridad se basa muchas veces en la concisión por la eliminación de elementos innecesarios, que oscurecen la dicción, y siempre que no se incurra en el *brevis esse laboro, obscurus fio*; pero también es verdad que otras veces se consigue mediante la repetición; tal es el caso, p. e., de las preposiciones que se repiten generalmente delante de los complementos que acompañan, o del sustantivo igualmente reiterable detrás de cada número en los numerales complejos (cf Gn 23¹: cien años y veinte años y siete años), si bien, a la inversa, puede omitirse también, como a menudo ocurre con ciertos nombres de medida.

La escasez de *adjetivos*, que no deja de tener, a nuestro juicio, sus razones filosóficas, pero que se remedió considerablemente en el hebreo postbíblico, se suple normalmente mediante el complemento adnominal. Por mucho que se haya encomiado la gracia y elegancia de los epítetos u otros adjetivos en ciertos poetas, p. e., Horacio, hay que reconocer que la superabundancia de esta categoría gramatical en la frase resta energía a la expresión, suplantando la idea substantiva por otras meramente «adjetivas», que es tanto como decir accesorias, añadidas.

El mecanismo del *comparativo* es, dentro de su sencillez, de neta diferenciación, aun cuando no posea un tipo morfológico particular al estilo del griego, el latín o incluso el árabe, dado que su formación es simplemente sintáctica, análoga a la del ablativo latino, reductible en definitiva al de origen (*candidior nive*, «notablemente blanco a partir de la nieve, incluida ésta»). Por otra parte, el adjetivo comparativo puede ir ínsito en el verbo cualitativo, que, en consecuencia, llevará su término de comparación, exactamente como si se tratara de un adjetivo calificativo cualquiera (cfr. Rt 1¹²), particularidad que no se da en otras lenguas.

En cuanto al *superlativo*, que en el absoluto suele ser de análoga construcción que en castellano y demás lenguas neolatinas, a base de algunos adverbios de cantidad aunque presenta también otros dos tipos (grupo genitival de dos sustantivos sinónimos, p. e., Sal. 43⁴, y con el determinativo *'Elohim*), ofrece en el relativo hasta cinco modalidades particularidades de curiosa formación altamente sugestivas (1.^a con el artículo, 2.^a con un nombre determinativo, 3.^a con un sufijo, 4.^a adjetivo + término de la comparación con *א*, 5.^a mediante la aposición del plural del mismo sustantivo).

Análogas relaciones de semejanza entre sí o similitud de funciones a las apuntadas anteriormente en la Morfología, podemos también señalar en el terreno de la Sintaxis entre el nombre y el verbo.

El *infinitivo*, por su carácter nominal, sin abdicar por ello su condición verbal, actúa a veces de sujeto o complemento de un verbo, y puede asimismo ser considerado —lo es efectivamente cuando lleva a su vez un complemento directo— como formando oraciones substantivo-completivas de cualquier clase. El infinitivo segundo o constructo cumple con respecto al primero función análoga a la del gerundio latino en relación con el infinitivo: es como una flexión de éste y en tales casos se acomoda a las reglas de la declinación nominal.

A veces incluso, como en el caso del infinitivo փո , cuando presta a otro verbo con el que va construido la idea de gradación o paulatinidad, y sobre todo, en los verbos acertadamente llamados «adverbiales», el verbo entra en funciones de verdadero adverbio. La enálage presenta en hebreo numerosas y peregrinas formas de gran fuerza expresiva y fina matización.

Por estar tan patente y distinta —muchísimo más que en griego o latín— la idea pronominal en las aformativas verbales, no se usa normalmente el pronombre sujeto, y cuando éste se antepone al verbo, confiere a la persona un marcado carácter enfático (v. gr. *yo, sí; yo mismo*), que no puede tener, de ningún modo, en lenguas como el francés y el inglés, donde se precisa a todo trance ese instrumento de personalización de la forma verbal, por haberse perdido u obliterado el de la desinencia, el cual aumenta de modo tan sencillo la expresividad elocutiva, sobre todo, cuando, como es el caso del hebreo, designa claramente el tiempo o aspecto, la persona, el número y el género.

El *orden* habitual de los elementos básicos de la frase hebreo-bíblica (pues en el hebreo postbíblico este orden evolucionó en el sentido grecolatino) es el siguiente: verbo + sujeto + complemento, en la oración verbal. Este orden no carece de significación, a nuestro juicio, pues realza la acción sobre el sujeto o agente de la misma, aspecto filosófico y hasta lección de humildad dignos de meditarse, sobre todo, a través de nuestra moderna egolatría.

En la oración nominal cualitativa es frecuente asimismo la prioridad del predicado; en cambio, cuando éste no implica una cualidad sino más bien cualquier circunstancia, v. gr., de lugar,

la palabra o partícula que la expresa va detrás del sujeto, p. e. הוא שם.

Con todo, hay que advertir que la construcción hebrea posee suficiente elasticidad para alterar ese orden normal de la frase en uno u otro caso, cambiando la posición de sus elementos para poner de relieve un determinado miembro integrante de la misma, aunque se trate de un complemento circunstancial, como vemos en el principio mismo del Génesis. Es lo que llama el gramático Mayer Lambert «*anteposición*».

La llamada posición absoluta, o, según otros, *casus pendens*, si por una parte marca una especie de balanceo en la frase, a cuyos dos miembros presta especial simetría, es además, una manera de poner de relieve cierto término, persona o cosa, que en realidad de verdad es el sujeto del verbo que sigue, aunque gramaticalmente acompañe a éste un pronombre —*correspondant* lo llama M. Lambert— que sirve de enlace entre dicho primer elemento y el verbo o la expresión que a éste sustituya (v. gr. dativo posesivo, pronombre personal sufijado con idea de posesión, etc.).

El llamado «acusativo interno» o «paronomástico», tan prodigado en hebreo con cualquier clase de verbos, y tan escasamente representado en español y lenguas modernas, por parecernos arguye pobreza de dicción, tiene en hebreo más bien el encanto y claridad del estilo antiguo, en el que las repeticiones —pensemos en el lenguaje homérico— no se reputaban como defectos.

En cuanto al orden en la oración compuesta, hay que advertir existe una gran libertad, tanto como en español, en cuanto a colocación de la subordinada con respecto a su principal; la norma siempre es el mayor relieve que se desee dar a uno u otro elemento del período oracional. En definitiva, la ley de la expresividad y también las exigencias de la armonía, sobre todo en el estilo oratorio y el literario en general.

Como casos particulares de construcciones típicamente hebraicas, que entran en la categoría de modismos, recordemos el de dos imperativos en función de prótasis y apódosis del período hipotético («*haz esto y vive*» = *si haces esto, vivirás*), que confieren a la frase una fuerza y colorido especiales.

También las partículas dan a veces a las formas verbales, a los tiempos o aspectos, modos y demás categorías, sentidos particulares o matices que han de tenerse en cuenta para penetrar la

auténtica significación de la frase. La abundancia de esta categoría gramatical, principalmente de conjugaciones o locuciones conjuntivas en ciertas lenguas, p. e. en latín, tal vez ha aminorado la fuerza o matización coordinativa o subordinativa del verbo, hasta el punto de que parecen ser esos elementos secundarios los que determinan el carácter de cada oración paratáctica o hipotáctica. Es una especie de usurpación de funciones, con mengua de la categoría jerárquica. En hebreo, por el contrario, con su escasez de conjunciones, son las formas y tiempos verbales los que matizan la coordinación o subordinación oracional, con lo cual el sentido de la frase conserva una energía y expresividad mayores.

La vitalidad de las lenguas se pone de manifiesto también en la plétora de sentidos encerrados conjuntamente, sin obstaculizarse, antes bien complementándose, en una palabra o locución. En hebreo esto es muy corriente. El infecto o el perfecto, precedidos de *waw conversivo*, contienen la idea verbal bien precisa, pero al propio tiempo encierran otra subsidiaria de efecto, consecuencia, resultado, etc., con respecto al verbo que encabeza la frase. El futuro *cohortativo*, además de la futuribilidad, implica la autoexhortación y propio enardecimiento o animación. El futuro *yusivo*, sin dejar de ser futuro, encierra toda la fuerza imperatoria del modo imperativo. El infinitivo antepuesto o pospuesto a un tiempo finito, añade especiales matices de significación, tales como énfasis, ponderación, perentoriedad, exclusividad u otras modalidades.

La construcción *asindética* de oraciones, que pueden ser de muy variadas clases, no solamente copulativas (del tipo clásico *veni, vidi, vici*) sino coordinadas en sus varias formas y también subordinadas, demuestra claramente la fuerte irradiación semántica de la frase hebrea.

Todas las figuras gramaticales de dicción y de construcción de la gramática griega o latina, o de las lenguas modernas, están ampliamente representadas en la lengua hebrea, a veces con un empleo más extenso y más frecuente. Como que no han sido inventadas por los gramáticos, sean griegos o indios, sino por el pueblo que habla un idioma. A esas figuras hay que añadir algunas otras peculiaridades expresivas de tipo oriental, semítico o específicamente hebraicas.

Lo mismo se diga respecto a las figuras literarias de pensa-

miento y de lenguaje, y los tropos, materia de subido interés, pero que cae fuera de los límites de nuestro estudio.

Tal es la fuerza expresiva que atesoran en hebreo los elementos lingüísticos, que a menudo basta insinuar levemente la idea, y en ocasiones hasta se omite un verbo fundamental, que fácilmente se sobreentiende, como en la llamada *constructio praegnans*. Es la elipsis, de uso frecuentísimo y muy variado en la lengua hebrea, llevada en ese caso a su último grado.

Hay figuras del lenguaje que, aun embelleciendo la dicción, oscurecen el sentido; otras, por el contrario, contribuyen eficazmente a su mayor brillantez y claridad. En hebreo predominan las segundas, puesto que aun la concisión, gala suprema del estilo hebraico, difícilmente superable en ningún otro idioma, sin excluir el latín, tan orgulloso de su *romana brevitatis*, contribuye a destacar la idea, librando a la frase de rellenos y arrequives, que atenúan la fuerza de la significación verbal.

La Estilística hebrea.

La *Estilística*, complemento natural de la Sintaxis, y tan escasamente estudiada en hebreo —y aún en general en las demás lenguas, aun en las mejor conocidas—, ofrece perspectivas del mayor interés para el conocimiento de la lengua, su poderosa virtualidad, su vida y movimiento, sus notas características. Solamente mencionaremos algunos principios básicos, sin descender a detalles, impropios de un estudio sucinto como es éste.

El sentimiento *vital*, tan acentuado en la ideología hebreo-bíblica tanto del Antiguo con del Nuevo Testamento, originó la creación de numerosas locuciones a base de la terminología familiar: padre, madre, hijo, hermano, etc. De gran riqueza semántica y frecuente empleo son los vocablos que significan *alma*, *vida*, así como las partes más importantes del cuerpo, *ojos*, *corazón*, *manos*, *pies*, etc., que se han enriquecido con una cantidad extraordinaria de sentidos figurados de orden moral o espiritual verdaderamente asombrosa, que caracterizan fuertemente el lenguaje hebreo-bíblico, único en este orden entre todos los idiomas. Otras muchas expresiones están tomadas de la vida casera, del campo, enseres ordinarios, útiles de labranza, usos y costumbres del pueblo hebreo en las distintas épocas de su historia, primeramente nómada, dedicado al pastoreo, después sedentario y agrí-

cola, y no ajeno tampoco a las artes fabriles e industriales. Los modismos hebreos o *hebraismos*, materia no abordada modernamente en un estudio completo de conjunto, brindan uno de los aspectos más sugestivos e instructivos de esta lengua tan rica en perspectivas⁴.

La tendencia a lo *concreto*, tan acusada en las lenguas primitivas, se manifiestan de modo claro en la lengua hebrea, lo cual indudablemente es un factor de diafanidad expresiva puesto que de ese modo la mente se polariza más fácilmente en el objeto de la elocución. La abstracción, en cambio, cuando se lleva a extremos exagerados como los que vemos en nuestros días en el terreno de las artes, sin excluir la poesía, e incluso en el estilo rebuscado de ciertos escritores y hasta en obras didácticas, es un factor poco propicio para la fácil inteligencia y el matiz efectivo que debe colorear toda expresión humana. Por otra parte «debemos guardarnos —advierte J. Vendryes en su obra *El lenguaje*— de considerar una lengua racional y abstracta porque tal sea la nuestra, como superior a una lengua concreta y mística. Se trata simplemente de dos mentalidades diferentes, que pueden tener cada una su mérito.»

En consecuencia, la *plasticidad* es uno de los caracteres más destacados en la semántica del vocabulario hebreo y su fraseología; y como en todo lenguaje hay un fondo extraordinario de convencionalismo, no ciertamente arbitrario sino razonable, fundado en la analogía, simbolismo, concomitancias, relaciones psicofísicas, las ideas y sentimientos se revisten de esas imágenes, figuras, ademanes que no solamente las encuadran sino que son como el cuerpo en que se encarnan.

Pero el hebreo —no podemos olvidarlo— ha sido el idioma vehículo de la revelación divina, del *idealismo* más sublime que ha iluminado las mentes humanas, y esto se refleja, naturalmente, en

4. Algunos intentos o aportaciones de siglos precedentes podrían mencionarse, p. e. B. WALTON: *Idiotismi linguae hebraeae et graecae qui saepius in Scripturis occurrunt* en el t. I de la Bib. Poligl. (en LX párrafos).

J. F. FISCHER: *De dialectis N. T. singulatim de eius hebraismis libellus* (extracto del *Philologus hebraeus* de J. Leusden, Utrecht, 1656), Leipzig, 1754, 1792.

T. SARTORI: *Hermeneutica Harmonia Utrique Testamento*, Augsburgo, 1783.

su léxico, copioso y expresivo en esa terminología tan usada por los grandes vates y escritores de Israel.

Más todavía, si se quiere, en el orden puramente literario. El hebreo, en frase de Herder, es la lengua más *poética* de la tierra, y para comprobarlo basta con adentrarse en las páginas del texto sagrado y respirar ese hálito sutil de poesía que todo lo invade. Ahora bien, decir poesía es decir expresión vivaz, armoniosa, plena, cósmica y humana, pero sobre todo, en este caso, divina. «La lengua hebrea —se ha dicho acertadamente— es demasiado poética de por sí, para pretender encontrar en ella un lenguaje peculiar de los poetas» (J. Touzart. - Dict. Bibl.)

La Métrica hebreo-bíblica.

Esto nos lleva, naturalmente, a considerar ex profeso la envoltura rítmica y fraseológica de la poesía, su vistoso ropaje, es decir, la *métrica* como arte elocutivo de especial prestancia, que distinga al lenguaje poético, tan copiosamente representado en la literatura bíblica y la postbíblica, del propiamente prosado. Conviene advertir, sin embargo, que ha sido tan poderosa la influencia ejercida en la Biblia por el estilo poético en toda clase de obras, que bien puede asegurarse no hay ninguna literatura, ni antigua ni moderna, en que los límites entre poesía y prosa sean menos marcados. Esto explica, en parte, el que hasta hace pocos lustros, y aun todavía en ciertos sectores, se viniera repitiendo que la métrica hebreo-bíblica constituía un enigma poco menos que insoluble, sobre todo, teniendo en cuenta la extraordinaria proliferación de sistemas explicativos ideados o presupuestos a lo largo de veinte siglos, desde Filón de Alejandría hasta nuestros días. Un centenar de autores o tratadistas recopiló un universitario español (J. J. Azpiazu, S. I.) en su disertación doctoral sobre «*El ritmo hebreo: sistemas que lo explican*» (Bilbao, 1924).

Hoy día los *doctores* van aceptando la teoría *acentual*, única que permite escandir fácil y armoniosamente los versos bíblicos, pese a la falta de un texto críticamente depurado en el sentido moderno. Frente a la métrica cuantitativa del griego, el latín, el siríaco o el árabe, de índole más material y aun diríamos materialista, la acentual, basada en el elemento más intelectual y más puro de la palabra, el acento, ostenta un carácter marcadamente espiritualista; de ahí que este tipo de versificación convenga mejor

a civilizaciones más espirituales, y en tanto que la cuantitativa —al igual que su base, la cantidad silábica de las palabras— se desvanece, la acentual va ganando terreno. Curioso es el fenómeno que se produce en la Edad Media a este respecto: la métrica clásica latina, netamente cuantitativa, se sustituye espontáneamente y no por obra de gramáticos o metricistas, por una de nuevo cuño, la acentual, en la que pudo influir la misma métrica o digamos el ritmo bíblico a través de la liturgia cristiana, pero que era también un producto natural de aquel mundo nuevo que fue surgiendo lentamente entre las ruinas del antiguo. El acento, después de imponerse en la lexicología y la sintaxis, dominó también en la versificación.

Pero no deja de ser significativo, admitido este valor espiritual del acento y de la métrica en él basada, que varios milenios antes de esa hegemonía general de la versificación acentual en las lenguas europeas, ya se manifestara con caracteres tan precisos y marcados en la lengua santa como vehículo de los más nobles y sobrenaturales pensamientos. Tenemos, pues, en primer lugar en la métrica hebreo-bíblica esa ley suprema espiritual que irradia el acento. Pero en las lenguas de este tipo de versificación hay muchos metros que carecen de ese seccionamiento par o impar de la *censura*, que imprime su armonioso balanceo y equilibrio al ritmo del verso y que es fundamental en la métrica bíblica como elemento melódico moderador.

Los *pies métricos* regulados por el acento presentan variedad de tipos. Aunque su número no llegue a los treinta de la métrica latina, por la índole especial de una y otra, muy bien pueden contarse diez perfectamente diferenciados entre sí (agudo o monosílabo, yambo, troqueo, anapesto, dáctilo, anfíbraco y peón 1.º, 2.º, 3.º y 4.º), de una, dos, tres y cuatro sílabas como máximo, cada uno de estos pies con su acento poético, que no es otro sino el mismo de la palabra. No hace falta decir que el concepto de vocal larga o breve propio de la versificación grecolatina, se sustituye en la hebreo-bíblica por el de tónica o átona.

Tenemos como en griego o en latín, el *genus par* (γένος ἴσον, 1:1, anapesto y dáctilo) *genus duptum* γένος διπλάσιον, 2:1, yambo y troqueo) y *genus sescuplum* (γένος ἑπιθλίον, 3:2, peón y anfíbraco), con lo cual se salvan las leyes esenciales del ritmo y su variedad. El ritmo de cualquier género que sea, por su naturaleza misma implica diversidad y complejidad (breve y larga, tónica y átona, etc.),

no sólo dentro de los pies métricos o del verso, por la combinación de los mismos, sino en el conjunto del poema o composición. Precisamente ésta es una de las características más destacadas de la métrica bíblica. Quizá no se encuentre una sola composición o fragmento poético en toda la Biblia en la cual todos los versos sean uniformes, del mismo metro, como tampoco hay ninguna, por breve que sea, en la que todos los pies métricos sean iguales dentro de cada verso.

La Lexicología hebrea.

Quizá donde más campea la expresividad, y también la armonía, de la lengua hebrea es en el terreno mismo de la *Lexicología*, no solamente como resultado de la aplicación de principios fonéticos y morfológicos como los anteriormente expuestos, sino en la estructura íntima de los vocablos, o sea, en el campo de la *Tematología* y la *Semántica*.

Muy significativa es la afirmación del traductor griego de la Sabiduría de Sirac, como excusa y petición de indulgencia siempre que «a pesar del esfuerzo puesto en la traducción, no hubiera logrado dar la debida expresión a las palabras», pues —añade—: «los términos hebreos no tienen igual fuerza al ser traducidos a otra lengua». Notemos que quien esto escribía comparaba el hebreo nada menos que con el griego, cuya lucidez y recursos expresivos no es menester ponderar.

Múltiples razones de orden fonético, morfológico, sintáctico y estilístico contribuyen a esa enorme expresividad, como queda indicado. Pero hay algo —lo hemos expuesto ex profeso en otro ensayo⁵— que cala en la entraña misma de las palabras y sus primeros elementos y es el *valor semántico de cada fonema*, que presta a cada uno de éstos reunidos en un haz para formar nombres, verbos y partículas, una luminosidad, transparencia e irisaciones diamantinas en el prisma del pensamiento.

La *onomatopeya*, que tan frecuentes y felices efectos de armonía imitativa ofrece en la poesía bíblica, poniendo en este terreno también a los vates bíblicos a la altura, por lo menos, si no por encima de los mayores genios poéticos de la humanidad, es un

5. Puede consultarse nuestro estudio «*Valores semánticos de los fonemas hebreos*», publicado en el t. VI (1957), pags. 127-137, de esta MISCELANEA.

factor de expresividad de primer orden. Poco o nada se ha estudiado este aspecto de la lengua hebrea, y sabido es el desdén con que modernamente hablan los lingüistas de la onomatopeya, término que hasta rehuyen sustituyéndolo por el de «palabras expresivas». Error craso, a nuestro juicio, tal actitud, y vano escamoteo de palabras tal sustitución. En las lenguas modernas y más aún en las antiguas es innegable ese factor de expresividad, patente a cualquiera que atentamente considere la estructura y fonetismo de su vocabulario; pero limitándonos a nuestro tema, en la lengua hebrea esa cualidad de los vocablos es de una claridad, meridiana. Más aún, siempre a la analogía de forma corresponde una analogía de significación o matices. Creemos —y tal vez, D. m. lo intentemos alguna vez— que sería de interés capital un diccionario que impusiera ex profeso, con todo detalle, estos aspectos, fonético-semánticos del idioma. Abriría nuevos panoramas en ese campo de tan variadas e insondables perspectivas que nos ofrecen las lenguas, y demostraría que si el lenguaje se basa en un convencionalismo entre los hombres, tiene éste, sin embargo, muy poco de arbitrario: todo en el lenguaje tiene su íntima razón de ser, y siendo en realidad el producto más universal, uniforme y genuinamente humano en todos los tiempos y lugares, ha de estar impregnado de las más puras esencias humanas. No es obra del azar, sino de la inteligencia, la fantasía, el sentimiento y todas las demás facultades, tendencias, sentidos e instintos del hombre fusionados en la más perfecta solidaridad.

Testimonios.

«Muy gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Sal. 87³), exclama el Salmista, cantando las glorias de la Jerusalén mesiánica. En cierto modo la lengua santa es como la ciudad de Israel, con la literatura sagrada que en ella cristalizó, durante varios milenios. Quizá por esta razón potísima, entre otras, el nuevo Estado de Israel, al elegir lengua oficial y vernácula, escogió la bíblica como sin igual representante de todo el pasado del pueblo hebreo y su más genuino patrimonio espiritual, al par que instrumento el más adecuado para la expresión de su alma y su nacionalidad.

La entusiasta admiración de esta lengua, junto con una orientación exegetica inexacta, por demasiado servil —caso bastante fre-

cuenta— de algunos textos bíblicos (capítulos 1 a 11 del Génesis) indujo a creer que el hebreo había sido la lengua primitiva de la humanidad, la propia usada por nuestros protoparentes en el Paraíso terrenal, teoría hoy inadmisibile desde tantos puntos de vista (histórico, lingüística, étnico, geográfico, etc.). Esta teoría del hebraísmo primitivo tan antigua, está sintetizada en las siguientes palabras de San Jerónimo en su *Epist. ad Damasum*: «Initium oris et communis eloquii, et hoc omne quod loquimur, Hebraeam esse linguam, qua vetus Testamentum scriptum est, universa tradit antiquitas».

Otros, como el mismo famoso Richard Simon, pensaron que el hebreo era entre las lenguas semíticas la más antigua, y no solamente ésto sino la matriz de ellas. «Lingua Hebraea aliarum linguarum orientalium mater est», leemos en el *Lexicon* de Zanolini (1747, p. XXV), opinión igualmente descartada, ya que todas las de este grupo descienden del proto-semítico, al modo que las indoeuropeas del primitivo indoeuropeo.

Un catedrático español de lengua árabe del pasado siglo en la Universidad de Granada sostenía, quizá con fundamento en algunos aspectos, que el hebreo es «el más puro y genuino representante de la formación semítica, el más inmediato a su origen y que encierra la clave de los demás, siendo cual depositario de los secretos lingüísticos de la raza» (J. Moreno Nieto: *Gram. de la lengua arábiga*, Prólogo, p. 10.—Madrid, 1872). Indudablemente esta consideración le da una categoría extraordinaria dentro de su grupo; mas aunque se le niegue, tiene otras que le encumbran aun a mayor altura, en las que no nos detendremos. Solamente queremos recoger algunos de los elogios que se le han tributado y excelencias que se le reconocen, principalmente en el orden a las dos notas esenciales que en nuestro estudio estamos destacando.

Fray Luis de León, amante como pocos de la lengua santa, dice de ella que es «lengua de pocas palabras y de cortas razones, y éstas llenas de diversidad de sentidos» (*Prol. a la Exposic. del Cant.*), que es tanto como ponderar la polifacética expresividad en que tanto venimos insistiendo.

B. Walton en los Prolegómenos, varias veces reeditados, a la Políglota que lleva su nombre, dedica uno de ellos a la lengua hebrea, donde recoge opiniones y frases de famosos escrituristas y expone con entusiasmo las altas prerrogativas de la misma: su prestancia y excelencia, patentes en su *origo divina*, su santidad,

perfección, cualidad esta última que se basa en su pureza, elegancia, energía, adecuada significación de la palabra (n.º 15). Más adelante (n.º 28) dice así: «A Deo electa videtur haec lingua mysteriorum divinatorum sacrarium quasi omnium foecundissimum». En cuanto a su intraducibilidad, en razón precisamente de su riqueza de matices afirma el mismo autor en otro de dichos Prolegómenos (*De linguarum natura, origine, etc.*, n.º 23): «Habemus quidem versiones plures latinas, quas merito magni facimus; multa tamen sunt in textu originali quae plene latina lingua exprimi vix possunt. Ut enim omnes linguae, ita maxime Hebraea suas venter habet et idiotismos peculiare, aliis ad plenum imperceptibiles. Characteres maiestatis et ἐνεργείας Spiritus Sanctus quasi sui vestigia impressit, quae nemo interpretum ad vivum delineare potest.»

En el párrafo 26 del Prólogo primeramente indicado cita las palabras de Possevino (*Biblioth. Select.*): «tot esse in Hebraica scriptura sacramenta, quot litterae; tot mysteria, quot puncta; tot arcana, quot apices».

Recogiendo el unánime sentir de los hebraístas acerca de las características de esta lengua, sintetiza el Prof. Cantera: «El hebreo es sonoro, conciso, admirablemente apto para la expresión del sentimiento y la ternura, juegos de imaginación y descripción de la Naturaleza» (*Lit. hebraica*, en *Hist. de la Lit. Universal* dirigida por C. Pérez Bustamante. Madrid, 1946, pág. 66).

Irradiaciones lingüísticas.

Ya hace muchos años que Max Müller estampó la famosa frase de que las lenguas contienen una psicología petrificada de los pueblos que las han hablado o las hablan. Sin embargo, teniendo en cuenta que las lenguas, sin omitir las semíticas, pese a su menor potencialidad evolutiva, son organismos vivos regidos por dos factores de equilibrio, el estático y el dinámico, habría que rectificar ese concepto demasiado rígido diciendo que encierran una virtualidad eficiente para expresar toda clase de complejos psíquicos de los pueblos e individuos. En este sentido el hebreo no tiene rival por su larga historia de cuarenta siglos. Hoy es un instrumento tan dúctil, maleable y eficaz para plasmar todas las ideas, sentimientos, objetos y fenómenos de la complicada civilización siglovein-

tena con su alta cultura, como lo fue en los tiempos de David y Salomón.

En el hebreo redivivo actual se refleja todo el trasfondo milenario del alma hebrea y sus aspiraciones de primerísima vanguardia en los nobles afanes del progreso. La viveza, luminosidad, misticismo, irisaciones y calor humano de esa psicología tan trabajada en el crisol de la adversidad a través de las edades, la expresividad elocutiva no solamente de las egregias personalidades sino de la masa misma de ese pueblo, su actividad contra viento y marea, su paciencia inextinguible, su armonía espiritual en suma, apenas perturbada por las grandes catástrofes de su historia, son como irradiaciones del colorido, armonía y expresividad de su lengua singular.

Todos los estados psicológicos del pueblo hebreo tienen su proyección en la antigua lengua —identificada con la Torá— que hablaron y modelaron sus antiguos profetas y cantores, en la que escribieron y poetizaron sus ingenios medievales, y que ha sido la bandera del nuevo renacimiento político, literario, nacional de este pueblo inmortal.

No repetiremos afirmaciones formuladas reiteradamente en diversas conferencias y escritos nuestros, y que están substancial y documentalmente contenidas en nuestra *Historia de la Literatura hebrea*. Solamente quisiéramos destacar en la historia larga y azarosa cual ninguna otra, de Israel, pueblo de ínclitas individualidades en todos los campos de la actividad humana, señaladamente en el de la inteligencia, esos dos faros luminosos que tanta luz han proyectado y proyectarán, que son como la irradiación de su mente, troquelada, a través de tantas generaciones, en esa lengua, la más divina y la más humana. Esos dos focos son: *armonía y expresividad*.

David Gonzalo Maeso